

AMBICIÓN, LIBERTAD Y JUSTICIA EN MAQUIAVELO ¹

ALICIA VILLAR EZCURRA
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

RESUMEN: Este artículo sistematiza la concepción antropológica de Maquiavelo, recogida fundamentalmente en los *Discursos de la primera década de Tito Livio*, donde resalta la identidad de las pasiones humanas y la importancia de su conocimiento para alcanzar la sabiduría política. Maquiavelo considera que el ser humano es maleable, de modo que una pasión puede ser combatida y contrarrestada por otra pasión. Desde esta perspectiva, se analiza el papel que desempeña en Maquiavelo la ambición y la libertad humana, tanto como fuente de enfrentamiento y degeneración, como de estímulo para el logro de las metas más altas.

PALABRAS CLAVE: Maquiavelo, ambición, libertad, leyes, justicia, violencia.

Machiavelli: Ambition, Freedom and Justice

ABSTRACT: This article tackles the anthropological conception of Machiavelli, mainly taken from the *Discourses on the First Decade of Titus Livius* in which stands out the identity of human passions and the importance of its understanding to reach political knowledge. Machiavelli considers that the human being is malleable in such a way that a passion can be fought and compensated by another one. From this perspective, is analysed the role of ambition and freedom both as a source of confrontation and degeneration and as an incentive to achieve the most important goals.

KEY WORDS: Maquiavelli, ambition, freedom, laws, justice, violence.

INTRODUCCIÓN

El término maquiavélico pertenece a nuestro vocabulario habitual y la doctrina de Maquiavelo a nuestro acerbo cultural. El calificativo de maquiavélico es empleado para referirse a la persona que conjuga la inteligencia con la perversión, que actúa con astucia, hipocresía y engaño para obtener sus propósitos, sin tener en cuenta consideración moral alguna. El maquiavelismo es el resumen perfecto del arte de la manipulación y la guía eficaz para mantener una situación de poder. Sin embargo, Maquiavelo dista mucho de contar con una exposición sistemática de su antropología. Sus observaciones puntuales en *El Príncipe*, sobre todo, a propósito de las medidas excepcionales que el gobernante tiene que tomar para mantener el poder y la llamada razón de Estado, se ha alzado como lo que podría llamarse el «mito de maquiavelismo»² y como

¹ Este artículo se vincula con el proyecto de I+D financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología español, titulado: «Fundamentos filosóficos de la idea de solidaridad: violencia, justicia y libertad» (FFI2008-05104).

² Cf. MARTÍNEZ ARANCÓN, ANA, Introducción a los *Discursos de la primera Década de Tito Livio*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 10.

Los contemporáneos de Maquiavelo responsabilizaron a *El Príncipe* de los abusos de Enrique VIII de Inglaterra y de las acciones de Catalina de Medici y sus consejeros en la noche de

simple expresión de un pensamiento mucho más complejo y matizado. Sin duda, los comentarios de Napoleón al *Príncipe* contribuyeron a consolidar la leyenda del maquiavelismo.

Aún con todo, y a pesar de la demonización frecuente de la figura de Maquiavelo y las encontradas interpretaciones de su teoría política³, es común considerarlo como un impulsor decisivo del arte de la política. Incluso es llamado el Galileo de la política (Prezzolini), o el fundador de la política pura (Benedetto Croce). No en vano, sus obras fueron leídas por los grandes teóricos del pensamiento político posterior. Hobbes y Spinoza, así como Montesquieu y Rousseau, entre otros, acusan su lectura, por más que sus posturas se presenten en ocasiones como antagónicas a las del florentino.

En este artículo abordaré la concepción antropológica con la que cuenta Maquiavelo, fundamentalmente en los *Discursos de la primera década de Tito Livio*, obra en la que declara la superioridad de las repúblicas frente a los principados y que recoge la totalidad de su doctrina y no sólo una parte como *El Príncipe*. En los *Discursos*, de un modo asistemático, aparecen diseminados los rasgos propios de lo humano, entendidos como constantes y regularidades, que tienen el valor de supuestos de sus propuestas. Maquiavelo no sólo describe la política como técnica, sino que resalta la importancia del conocimiento de las pasiones y los móviles del ser humano para alcanzar la sabiduría política (*Discursos*, III, 43). Además, recupera el valor de un determinado «ethos» que resulta clave para la eficacia de la política⁴. Precisamente, Nietzsche citó elogiosamente a Maquiavelo, por haber recuperado un modelo de hombre fuerte y valeroso, que está llamado a distinguirse y a alcanzar las metas más altas de realización.

EL HUMANISMO DE MAQUIAVELO

La época de Maquiavelo, el Renacimiento, es un momento de tránsito, ni completamente antiguo, ni absolutamente nuevo. El eco del humanismo rena-

San Bartolomé. Uno de los ataques más fuertes fue el del español Pedro de Ribadeneyra de la Compañía de Jesús en su libro: *Tratado sobre la religión y las virtudes que debe conservar el príncipe cristiano en la dirección y conservación de sus Estados*, publicado en 1595. Existe una amplia literatura antimachiavelista que califica a Maquiavelo como ateo e «hijo de Satanás» (Cf. STERNBERGER, DOLF, *Domínio y acuerdo*, Gedisa, 1990, pp. 90 y ss.). En 1540 se prohibió la venta de las obras de Maquiavelo y su propiedad podía acarrear la excomunión. En 1559, el primer *Index Librorum prohibitorum* las condenó.

³ Unos consideran que la mayor aportación de Maquiavelo fue el haber concedido un estatuto autónomo a la política (Benedetto Croce); otros insisten en la amoralidad del pensamiento de Maquiavelo (Friedrich Meinecke). Si en su tiempo Maquiavelo era visto como un «maestro del mal», actualmente es frecuente definirle como un apasionado patriota.

⁴ VILLACAÑAS, JOSÉ LUIS, «Príncipe nuovo y vivere político», en *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder* (comps. R. R. ARAMAYO - J. L. VILLACAÑAS), FCE, México, 1999, p. 17.

centista invade sus escritos y, como muchos de los escritores de aquel tiempo, despliega una erudición que asombra al lector contemporáneo.

En el prólogo de su libro *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*⁵, obra mucho más extensa y matizada que *El Príncipe*, Maquiavelo constata una contradicción manifiesta. Mientras que en cualquier clase de saber, por ejemplo en el Arte, en el Derecho, e incluso en el tratamiento de las enfermedades, se consideran los conocimientos históricos como experiencia acumulada y se recurre a los remedios que los antiguos consideraron convenientes, en cambio, sorprendentemente, en el terreno de la política, se prescinde por completo del ejemplo de la antigüedad y de su significado y sentido. Esta falta de «verdadero conocimiento de las cuestiones históricas», esto es de la historia como «maestra de las acciones» y medio de comparación y contraste, es la causa de un caminar incierto, que no cuenta con método alguno.

Y es que, por lo general, los hombres no entienden cómo va el mundo, de ahí que cometan errores que son tanto más graves cuanto más importante sea lo que se traen entre manos (*Discursos*, III, 6). La explicación de esta ignorancia incomprensible se debe a la creencia en el carácter azaroso e imprevisible de la conducta humana. El libre albedrío humano parece exigir la renuncia a un comportamiento homogéneo y uniforme, atemporal. Con ello, se cae en el error de despreciar el conocimiento de las conductas pasadas, al entender que las circunstancias son siempre irrepetibles. Por el contrario, Maquiavelo defiende la existencia de ciertas constancias, pues los hombres «nacen, viven y mueren de la misma manera» (*Discursos*, I, 11), y se comprueba los mismos deseos y «los mismos humores», cuando se consideran las cosas presentes y las antiguas (*Discursos*, I, 39). Su permanente lectura de los antiguos⁶ y su larga experiencia y análisis de los «asuntos modernos», le permite verificar que las acciones de los

⁵ *El Príncipe*, escrito entre 1512 y 1513 y editada póstumamente en 1532, es una obra mucho más breve y más conocida por sus afirmaciones llamativas. Por el contrario, el tono de los *Discursos*, obra dedicada a sus amigos Buondelmonti y Rucellai y escrita durante años en su retiro forzoso de la política activa, es mucho más moderado, y su objeto más amplio. «Yo os envío un presente», escribe a sus amigos, precisando que en la obra ha expresado cuánto sabe y ha aprendido, por medio de una larga práctica y continúa una «lección de las cosas del mundo». Publicada también póstumamente, trata sobre la constitución, el ordenamiento y conservación de los Estados que se pueden organizar de diversas formas. Una de ellas es el Principado, cuyas diversas circunstancias se estudian en *El Príncipe*. Para Maquiavelo la República es el gobierno que representa la normalidad, la vida cotidiana de un Estado bajo el imperio de la ley; en cambio, en el Principado, por lo general, la ley no basta y hay que recurrir a la fuerza. Estas circunstancias extraordinarias exigen medios extraordinarios. Si Maquiavelo escoge como base de su reflexión la Historia romana e hilvana su discurso como un comentario al texto de Tito Livio, lo hace no sólo por pautas humanísticas, sino porque su modelo de sociedad futura está en la República romana. Propone el renacimiento de un espíritu nuevo, en el que aliente el mismo espíritu que dio a Roma su grandeza y le permitió conservar su poder durante mucho tiempo.

⁶ En los *Discursos* concede mucho mayor peso a la Historia Antigua, en *El Príncipe* a la política contemporánea. En los *Discursos* precisa que las «cosas del mundo» se aprenden tanto a través de la lectura como de la práctica.

hombres, por lo general, presentan similitudes y proporcionan modelos. De ahí deriva sus juicios de valor.

Por tanto, el método seguido por Maquiavelo es inductivo. Comienza por examinar con atención los hechos significativos del pasado y los ejemplos concretos de su momento; después infiere constancias y generalidades, que admiten excepciones (I, 18), orientándose a prever los sucesos que amenazan a cualquier república⁷. La previsión se puede lograr de dos modos: o bien aplicando los remedios empleados por los antiguos, o bien pensando unos nuevos teniendo en cuenta la similitud de circunstancias. A su juicio, la total ignorancia de estas consideraciones y su inadecuada comprensión por parte de los que gobiernan, han avivado los desórdenes que se producen en todas las épocas (*Discursos*, I, 39, p. 127).

En suma, el análisis de la realidad y de los datos de la experiencia es el punto de partida para un análisis racional aplicable a la teoría política, que consiste en el arte de gobernar no sólo en situaciones normales, sino sobre todo en épocas de crisis. Esos tiempos pueden requerir fundar Estados nuevos, tarea que sólo hombres extraordinarios pueden llevar a cabo, como explicará también en *El Príncipe*.

Maquiavelo es consciente de la novedad de su enfoque pragmático y de su ruptura con los métodos seguidos hasta entonces, condicionados por ámbitos teológicos o morales. Su intención principal es enseñar la ciencia y la técnica de la política para alcanzar la utilidad, pues la política es algo que se hace. Este es el sentido de la fórmula: «la política por la política»⁸. La misma eficacia exige un análisis de la condición humana, como será llamada por Montaigne, o lo que hoy también llamaríamos un conocimiento de los factores antropológicos, psicológicos y sociológicos a tener en cuenta.

Bien es verdad que, aunque en general los seres humanos respondan de modo similar a los mismos estímulos, también hay que atender a la «cualidad de los tiempos» en los que ha tocado vivir para proceder conforme a ellos (III, 8). Por último, no hay que ignorar la concurrencia de factores impredecibles, pues el azar o la fortuna, pueden echar por tierra las previsiones más cuidadosas. Este es el límite de la naturaleza y de nuestro saber: la rueda de la Fortuna⁹, imagen muy viva en el Renacimiento, que expresa el destino ciego, aquello que escapa a nuestro control. Aún con todo, el peso de la fortuna puede disminuir cuando se cuenta con ella como un factor que entra en juego junto con otras determi-

⁷ Ello no obsta, para que Maquiavelo, siempre cauteloso, precise el alcance de sus observaciones con un «la mayoría de las veces» o «por lo general».

⁸ La historia de Roma descrita por los libros de Tito Livio, es para Maquiavelo el medio para confirmar ciertas conjeturas que constituyen la estructura general de su pensamiento antropológico y político. Roma representa, tanto por su origen como su historia, el prototipo de una ciudad libre. Su teoría será una defensa de la libertad de la ciudad, más que de los individuos en la ciudad.

⁹ La rueda de la fortuna es una imagen muy presente en la literatura renacentista (Cf. un desarrollo de este tema en: GONZÁLEZ, JOSÉ MARÍA, «Someter la oración, domar la fortuna», en *La herencia de Maquiavelo. Modernidad o voluntad de poder*, FCE, 1999, pp. 303-329).

naciones naturales y se acomoda la conducta a los tiempos en los que ha tocado vivir. Entonces, cada cual puede fabricarse su propia fortuna, combatiendo con *virtú* al ciego destino (*Discursos*, III, 9).

Precisamente, el deber del «hombre bueno» es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna¹⁰. Maquiavelo se arroga este papel de hombre de letras que sigue en excelencia a los que obtuvieron gloria y fama y trata de revivir las antiguas virtudes, encarando problemas complejos y permanentes no fácilmente solubles, mediante una pluralidad de estrategias racionales.

LA NATURALEZA DEL HOMBRE Y EL ORIGEN DE LA SOCIEDAD Y DE LA JUSTICIA

Como se ha indicado, Maquiavelo recupera una idea del ser humano previsible según la uniformidad de ciertas circunstancias sociales, convicción que posteriormente recogerá Montesquieu en *El espíritu de las Leyes*.

El florentino habla con gran libertad en sus *Discursos* y de hecho la obra comienza con la referencia al propio «yo», desafiando lo pensado en su tiempo y delineando un proyecto a largo plazo, a diferencia de *El Príncipe*¹¹. Su llamado pesimismo o realismo antropológico se apoya en su renuncia a imaginar ideales sobre la esencia de lo humano y su necesidad de contar con una descripción de la condición humana existente en realidad. Estima que ni la imaginación, referencia a *La República* de Platón o a *La Ciudad de Dios* de San Agustín, ni las especulaciones moralizantes, ni las normativas abstractas y vacías, han sido efectivas a pesar de lo mucho que se ha escrito¹². Quien no quiera escribir «fantasías y sueños, necesita confrontarse con las cosas, y eso lleva su tiempo», escribe Maquiavelo en una carta de 1502¹³. Su pesimismo, si es que se puede calificar así a su realismo, no se inspira en la tradición medieval sobre la naturaleza humana corrupta, sino en la literatura clásica. Maquiavelo analiza la historia de la Roma antigua, frente al modelo de Príncipe cristiano retra-

¹⁰ En el proemio al libro II de los *Discursos*, se puede leer: «El deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna, porque siendo muchos los capaces, alguno de ellos, más amado del cielo, pueda ponerlo en práctica».

¹¹ Ahí no menciona el bien común, ni distingue a los tiranos de los reyes, pues deseaba lograr un empleo honorable como indica STRAUSS, LEO, *Meditación sobre Maquiavelo*, Instituto de Estudios Fiscales, 1964, pp. 30 y ss.

¹² Esta tesis es también mantenida al comienzo del capítulo XV de *El Príncipe*: «... y cómo sé que muchos han escrito acerca de esto, temo, al escribir yo también sobre ello, ser tenido por presuntuoso, máxime al alejarme, hablando de esta materia, de los métodos seguidos por los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad efectiva de las cosas antes que a la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente...» (*El Príncipe*, XV, 2).

¹³ Maquiavelo a los Diez de la Libertad (13 de noviembre de 1502), *Antología*, ed. de M. A. Granada, p. 138.

tado por Erasmo en 1513. Evocará no al cristiano humilde, compasivo y arrepentido pecador, que mira añorante al más allá, sino a la ciudad de los hombres y al antiguo romano, educado como ciudadano y fuerte soldado y cuyo horizonte de sentido no es el mundo celeste y la salvación de su alma, sino su patria terrena.

A diferencia también de la tradición aristotélica, para Maquiavelo el hombre no es sociable por naturaleza, sino por utilidad. No insiste demasiado en la superioridad de los hombres sobre los animales. Como los grandes teóricos del pensamiento político, recurre a la génesis del cuerpo social, antes de detallar el funcionamiento de la máquina del Estado, supremo producto o construcción humana que dio respuesta a ciertas necesidades sobrevenidas y objeto de estudio de la ciencia política.

En los dos primeros capítulos del primer libro de los *Discursos*, antes de dedicarse al análisis detallado del problema del Estado, Maquiavelo escribe sobre el origen de la sociedad y de las ciudades. Considera que los seres humanos accedieron a la vida común por motivos de defensa. Sólo con vistas a la supervivencia, se dotaron de un jefe, lo aceptaron y lo obedecieron. La unión provino del temor y de la búsqueda de seguridad, pero también de la imposición de una autoridad individual. Como dirá en otros escritos, en el mundo siempre ha habido quien obedece y quien manda, «quien obedece de buena gana y quien se rebela y es castigado»¹⁴. A partir de aquí, Maquiavelo resume la génesis de las diferentes formas de gobiernos, en los se hace patente su concepción antropológica, como un esquema de análisis general que desarrollaron ampliamente filósofos políticos posteriores¹⁵.

En un primer momento, siendo pocos los habitantes del mundo, los hombres vivieron dispersos, semejantes a las fieras. Posteriormente, al multiplicarse, se reunieron con el fin de protegerse mejor. Esto los llevó a buscar entre ellos al más fuerte y de mayor valor, al que hicieron su jefe y prestaron obediencia. El conocimiento de lo bueno y lo malo, lo honesto y lo pernicioso, tuvo aquí su origen. La vida en común, condición del conocimiento de la justicia, enseñó a los hombres a pagar un precio por sus acciones: unas suscitaban el odio y la venganza, otras la aprobación y reconocimiento. Al comprobar que si uno perjudicaba a su benefactor, se suscitaba en los demás hombres rechazo y odio hacia el primero y estima y compasión hacia el segundo, se decidieron a hacer leyes y a ordenar castigos a quienes las incumplieran, con el fin de evitar perjuicios y que el mal quedara impune. En resumen, la justicia surgió a partir de la observación de la ingratitud hacia un benefactor, es decir, cuando los hombres fueron capaces de colocarse imaginariamente en la situación de un benefactor ofendido. Así, poco a poco, los hombres comprendieron la conveniencia de impedir unas acciones y fomentar otras, elaborando leyes que las regularan y castigos para quienes las violaran. Este fue el origen último de la justicia, de

¹⁴ Así afirma textualmente Maquiavelo en su escrito: «Cómo tratar a los pueblos rebeldes de Valdichiana». Cf. MAQUIAVELO, *Antología*, pp. 197.

¹⁵ Entre otros, Hobbes, Locke y Rousseau, cada uno de ellos según sus propios supuestos.

modo que al elegir al príncipe, los hombres ya no valoraron tanto su fuerza física, como su justicia y su prudencia (*Discursos*, I, 2).

Para Maquiavelo la vida en común, forzada por la necesidad, puso las condiciones del conocimiento moral. Sólo en la ciudad, el hombre adquiere el conocimiento moral y sólo en ella es posible la vida moral. Las leyes no nacen de «lo alto», pero son indispensables para que los hombres no caigan en el desenfreno (I, 58). El Estado es el determinante de la estabilidad y de la garantía de seguridad, de ahí que la ciudad y la Patria se conviertan en Maquiavelo en valores absolutos¹⁶. Todo estará permitido para salvar las condiciones de libertad e igualdad política propias de la república.

LA AMBICIÓN: ORIGEN DEL ENFRENTAMIENTO Y DEL CÍRCULO DE LA DEGENERACIÓN

En 1509, Maquiavelo compone en verso *Capitolo della ambizione*, de ecos lucrecianos, donde se extiende sobre la ambición y resume la antropología que subyace a su concepción política.

«A todas partes
 La ambición y la avaricia llegan
 Están en el mundo, cuando el hombre nació,
 También nacieron; y si ellas no estuvieran,
 Sería bastante feliz nuestro Estado
 ...
 Por ellas la Concordia se ve expulsada
 Y para mostrar su deseo infinito
 Llevan en la mano una urna sin fondo
 Y su alto poder demostraron
 Una vez que pudieron hacer en los primeros tiempos
 Un pecho ambicioso, un pecho avaro,
 Cuando los hombres vivían desnudos y privados
 De toda fortuna y cuando aún no había
 De pobreza y de riqueza ejemplos»¹⁷.

En sus *Historias de Florencia* y sobre todo en los *Discursos* se encuentra un detalle del peso «sin fondo» de la ambición humana y su vinculación con otras pasiones negativas. La ambición tiene un gran poder en el corazón humano y nunca le abandona por muy alto que haya llegado (*Discursos*, II, 37). De hecho, los hombres «pasan de una ambición a otra», y aunque en un principio tratan sólo de no ser perjudicados, luego perjudican a los demás. Maquiavelo trans-

¹⁶ Para Maquiavelo, si se trata de tomar una resolución de la que dependa por completo la salud del Estado, nadie debe detenerse en consideraciones obre lo justo y lo injusto, lo piadoso o lo cruel, sino que debe tomar con resolución el partido que salve al Estado y mantenga su libertad.

¹⁷ MAQUIAVELO, *Antología*, edición de M. A. Granada, Península, Barcelona, 2002, pp. 313 y ss.

forma el juicio clásico sobre la excesiva ambición de los hombres, en su afirmación de que los hombres nunca parecen tener suficiente. La causa es que la naturaleza ha constituido al hombre de tal modo que «puede desearlo todo, pero no puede conseguirlo todo, siendo siempre mayor el deseo que la capacidad de conseguir, resulta el descontento de lo que se posee y la insatisfacción» (I, 37). Comprueba que la ambición se conjuga con la inquietud y la impaciencia, e impide al hombre controlar sus deseos (I, 40; I, 58). Es un desasosiego que hace olvidar los vínculos de amistad y que hace esforzarse sólo por los intereses particulares. Entonces, los demás son vistos como obstáculos y como rivales. Hobbes, Spinoza y Schopenhauer que desarrollarán sistemáticamente las implicaciones del egoísmo del individuo o de la voluntad, coincidirán en este punto con las reflexiones puntuales de Maquiavelo, que constata la insaciable ambición y aidez de los hombres como el origen del enfrentamiento y de la discordia. La ambición, el deseo de tener siempre más y al tiempo el temor a perder lo que se tiene (I, 37), conduce tanto a la envidia, a sentirse molesto por el bien ajeno, como al afán de rapiña y al espíritu de venganza (I, 40; I, 50). Todo ello favorece en último extremo, la enemistad, la violencia y la guerra: «los hombres, deseando no temer, comienzan a hacer temer a los otros, y aquella injuria que quieren ahuyentar de sí, la dirigen contra el otro, como si fuera necesario ofender o ser ofendido» (*Discursos*, I, 46).

Maquiavelo detecta la ambición desde los mismos orígenes de la Historia, pues se extiende a todos los lugares y tiempos¹⁸. Haciéndose eco de la teoría clásica sobre las diferentes formas de gobierno, monarquía, aristocracia y gobierno popular, se inclina por la tradición que distingue seis formas¹⁹: tres de ellas son pésimas y las otras tres buenas en sí mismas. Las tres formas pésimas dependen de las buenas y cada una de ellas conduce a transitar a la siguiente. En cualquier caso, la ambición humana será el motivo de la degeneración, pues es un deseo insaciable, entre otras cosas, de más poder. Inscrita en la naturaleza humana, es el origen de la infelicidad humana y de la corrupción, como se puede apreciar en la degeneración de las diferentes formas de gobierno, que se detalla seguidamente.

Inspirado en Polibio, Maquiavelo describe el ciclo de las distintas formas de gobierno, destacando también el peso de la *libido dominandi*. En un comienzo, la degeneración surgió cuando los jefes o príncipes fueron proclamados por sucesión y no por elección, pues los herederos comenzaron a desmerecer a sus antepasados, pensando que podían sobrepasar a los demás en disipación, suntuosidad y lascivia. De ese modo, el príncipe comenzó a ser odiado y a sentir miedo de ese odio. Del temor pasó a la ofensa, y así nació la tiranía y el germen de su ruina. Las conspiraciones y conjuras contra los príncipes fueron realiza-

¹⁸ «... Desde Escitia hasta Egipto, desde Inglaterra hasta la opuesta orilla, se ve andar germinando este delito. ¿Qué región o qué ciudad no lo alberga?, ¿qué burgo, qué tugurio? A todas partes la ambición y la avaricia llegan» (*Poema sobre la Ambición*, versos 7 a 12).

¹⁹ Aunque no lo cita, Maquiavelo sigue aquí a Polibio como representante de la política clásica, ya que Tito Livio no habla del ciclo de los regímenes.

das por aquellos que se distinguían por su generosidad, grandeza y nobleza, pues por ello mismo no podían soportar la vida deshonesta del príncipe.

Entonces, siguiendo su autoridad, el pueblo se levantó en armas contra el príncipe. Cuando fue arrojado del trono, se obedeció a los jefes de la conjura por ser sus liberadores. Estos constituyeron entre ellos un gobierno, al recelar de un jefe único. Temían la tiranía pasada y gobernaban según leyes promulgadas por ellos mismos, velando por la utilidad común y subordinando a ella los intereses propios. Sin embargo, sus hijos, a quienes legaron la administración, no habían conocido la desgracia y no se sintieron satisfechos con la igualdad cívica. Por ello, se entregaron a la avaricia y a la ambición, y como los iniciales tiranos, convertidos en oligarcas, se hicieron odiosos; de ahí que poco después se levantara uno de nuevo, que con ayuda de las masas, los expulsó.

Fue así como se llegó a la democracia, de modo que ni los poderosos ni príncipe alguno, pudieran tener la autoridad suprema, debido al recuerdo reciente de las injurias recibidas por los príncipes o poderosos. Al principio, como todos los gobiernos, tuvo prestigio y se mantuvo durante cierto tiempo; pero al extinguirse la generación que lo había organizado, de nuevo se extendió el desenfreno, de modo que para huir del desorden, se volvió al principado. Este es el círculo en el que giran todas las repúblicas: «el principado fácilmente se vuelve tiránico, la aristocracia con facilidad evoluciona en oligarquía, y el gobierno popular se convierte en licencioso sin dificultad» (*Discursos*, I, 2).

En suma, la corrupción alcanza a los demócratas igual que a los oligarcas y al príncipe, en cuanto desaparece la generación que ordenó las leyes. En todas estas formas, se comprueba que las buenas tienen una vida breve y las malas una vida larga debido al lugar preferente que ocupa la ambición y los intereses privados. Por este motivo, los buenos legisladores, eligen una forma de gobierno mixta que participe de todas²⁰, de modo que cada poder controle a los otros, al mezclarse el principado, la aristocracia y el gobierno popular.

Con un marcado naturalismo, una aceptación del curso cíclico de los asuntos humanos²¹, Maquiavelo advierte que la política debe tener siempre en cuenta esta degeneración de las cosas civiles, propia de todas las cosas vivas y humanas. Al igual que para mantener sano al hombre, es preciso conocer su naturaleza y para curar una enfermedad diagnosticar el mal, para mantener el Estado es necesario saber en qué consiste y cuáles son sus normas de vida y sus posibles enfermedades²² para poder atajarlas. El poder político no tiene nada de divino y perenne y si se quiere que una república viva largo tiempo entonces, las más de las veces, es

²⁰ En el caso de Roma, el elemento monárquico se representaba en los cónsules y el aristocrático en el Senado. El elemento popular se constituyó con los «tribunos de la plebe» y en este orden mixto descansó gran parte de su éxito (*Discursos*, I, 2)

²¹ Como indica M. A. Granada, un corolario de esta visión de la historia es que para que se logre la superación de una crisis histórica es preciso haber apurado previamente la corrupción y que la regeneración no puede ser otra cosa que la vuelta de algún modo a los orígenes (GRANADA, M. A., *Maquiavelo*, Barcanova, 1981, p. 21).

²² Abundan en Maquiavelo los símiles que se refieren a la naturaleza y a la ciencia médica (Cf. CHABOD, F., *Escritos sobre Maquiavelo*, FCE, p. 219).

preciso retrotraerse a sus principios, pues todos los orígenes tienen alguna bondad. Volver a los principios²³ significa regresar a la condición de vitalidad, curar la corrupción pareja al envejecimiento, manteniendo los logros que la hicieron crecer (III, 1). Si la república romana llegó a ser perfecta a través de una sucesión de grados o etapas, fue porque en cada una de ellas los hombres actuaron prudentemente a favor del interés común, de la vitalidad de la Patria.

En todo caso, para comprender y prever la degeneración hay que contar por una parte con las pasiones humanas y con el deseo de libertad, y por otra con la necesidad de las leyes y las buenas costumbres. Maquiavelo constata que todas las formas de gobierno necesitan ser reguladas por leyes, tanto las monarquías como las repúblicas, pues «el príncipe que pueda hacer lo que quiera está loco y el pueblo que pueda hacer lo que quiera no es sabio» (I, 57).

EL DESEO DE LIBERTAD, LA LEY Y LA TIRANÍA

A pesar del peso concedido a la ambición, Maquiavelo parte del hecho de que los hombres no son ni enteramente buenos, ni enteramente malos. La mayoría de las veces, escogen el camino del medio. Esta es una idea constante en él (I, 30) y título del capítulo veintisiete del libro primero de los *Discursos*²⁴. Sin embargo, el florentino defiende que si se quiere organizar y ordenar las leyes de una república, hay que presuponer que todos los hombres son malos, esto es, que pondrán en práctica sus ideas más perversas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente. Puede que la maldad permanezca oculta durante algún tiempo, pero el mismo tiempo, padre de toda verdad, la pone al descubierto (*Discursos*, I, 3). Todos los que han meditado sobre la vida política y sobre los testimonios que nos ofrece la historia constatan que, donde una cosa funciona bien por sí misma, no es precisa la ley; en cambio, cuando falta la buena costumbre, la ley es indispensable.

Hay numerosos ejemplos que muestran que «donde se puede elegir y hay libertad de acción se llena todo, inmediatamente, de confusión y desorden» (I, 3). La sociedad, como el mundo, es producto de un juego de fuerzas y energías que se limitan entre sí. El hombre propende naturalmente al desorden, producto de su libertad, entendida como ausencia de límites y de servidumbre externa. La violencia surge cuando el hombre no frena sus propios deseos y son contrariados por los deseos del otro. Por este motivo, se dice que la pobreza hace a los

²³ El énfasis en el retorno a los principios y en la correspondiente renovación es análoga a la confianza que en el terreno religioso había dominado en el medioevo cristiano. En el caso de Maquiavelo, la voluntad de renovación no se dirige al amor a Dios, sino al amor a una Institución terrenal y humana (Cf. CHABOD, F., *Escritos sobre Maquiavelo*, p. 224). Curiosamente, siglos después, Rousseau se planteará de nuevo volver a los principios en su libro: *Del Contrato Social o principios de Derecho político*.

²⁴ Entre otras cosas, muestra ahí que, por ejemplo, si un acto malvado tiene alguna grandeza o encierra alguna generosidad, los hombres no saben llevarlo a cabo.

hombres ingeniosos y la ley los hace buenos, pues los hombres sólo obran bien por necesidad, esto es cuando se les obliga; en cambio cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal, si pueden lo hacen. Las leyes civiles son la única garantía contra toda forma de violación de la libertad civil, en cuanto permiten o prohíben a todos los ciudadanos las mismas cosas sin excepción alguna, instituyendo premios y castigos para sus ciudadanos (I, 24). Sólo evitando que el mal quede impune, se evita el círculo de la violencia y las venganzas. Sin ellas no es posible atajar los efectos perniciosos de la ambición detallados anteriormente, ni del desorden, de la cobardía e incluso de la entrega a la desidia y al ocio. Si los hombres no renuncian a sus deseos y ambiciones ilimitados es preciso que la ley los constriña.

LIBERTAD E INCONSTANCIA

Los seres humanos desean libertad por varias razones: unos quieren ser libres para mandar (*libido dominandi*), pero los más desean la libertad para vivir seguros. El apetito de poder y la angustia por la seguridad definen a los hombres (I, 3; I, 18). Esto se comprueba en las distintas repúblicas, pues de hecho sólo unos pocos ocupan los puestos de mando²⁵. A los demás, les basta con vivir seguros, bajo leyes que garanticen la seguridad de todos. Sin embargo, mientras se posee la vida en libertad, no siempre se aprecia la utilidad común que se deriva de ella; en cambio, cuando acostumbrados a vivir en libertad, los pueblos la pierden, entonces sólo anhelan dos cosas: vengarse de aquellos que tienen la culpa de su servidumbre y recuperar su libertad. Y es que, por lo general, los seres humanos no valoran los bienes con los que cuentan y sólo parecen apreciarlos cuando ya no los tienen. Son inconstantes y desean cosas nuevas; se cansan del bien y se lamentan del mal, lo que les hace desear novedades (I, 25)²⁶, por ello las cosas humanas están en perpetuo movimiento: remontan o descienden.

En el caso de que los pueblos sean libres sus deseos nacen, o bien de la opresión o bien de la sospecha de que se intenta oprimirlos, por eso rara vez son perniciosos para la libertad. Aunque sean ignorantes, los pueblos son capaces de reconocer la verdad cuando la oyen de alguien digno de crédito y están además inclinados a tomar partido (I, 4). Por tanto, los que organizan prudentemente una república, deben considerar como una de las cosas más importantes, la institución de una garantía de la libertad, pues «según sea más o menos acertada, durará más o menos el vivir libre» (I, 5). En los *Discursos*, Maquiavelo recomienda que el príncipe se alíe con el pueblo haciendo leyes para su seguridad y al mismo tiempo para afianzar su propio poder. Si un príncipe, cuenta con ello y no rompe la ley, vivirá seguro (I, 16; I, 17). Además deberá «asegurarse con-

²⁵ En torno a cincuenta personas precisa Maquiavelo.

²⁶ Se comprueba tanto en: «... los que viven bien que los que viven mal...pues la buena vida cansa y la mala aflige, como sentenciaron con verdad los escritores de la Antigüedad» (*Discursos*, I, 25).

tra la pequeña parte que quiere mandar», para lo cual o bien los elimina o bien les otorga honores que en buena parte les contente (I, 16).

Para el florentino la Historia de Roma constituye un buen ejemplo también en ese punto. Así, en el período de los tumultos generados desde la muerte de Tarquinio hasta la creación de los tribunos, se mostraron los buenos efectos de su organización, pues al dar al pueblo su parte en la administración, se constituyó guardián de la libertad romana, mostrando en numerosas ocasiones que Roma fue menos ingrata con sus ciudadanos que otras repúblicas (I, 28) y que las buenas leyes, las que regulan la libertad pública, surgen a veces de esas diferencias internas que muchos condenan. Sin embargo, Maquiavelo conoce también dificultades de otro orden que dificultan la pervivencia de una comunidad libre.

LAS DIFICULTADES PARA UNA COMUNIDAD LIBRE: COSTUMBRES Y LEYES

Sólo puede vivir en libertad quien ha aprendido y se ha habituado a vivir en ella. Si un pueblo se ha habituado a vivir bajo un príncipe, bajo la sumisión, sólo sirve para vivir obedeciendo al amo: «es como un animal que, aunque de naturaleza feroz y silvestre, se ha alimentado siempre en prisión y servidumbre, y que, dejado luego a su suerte, libre en el campo, no estando acostumbrado a procurarse alimento ni sabiendo los lugares en que puede refugiarse, se convierte en presa fácil para el primero que quiera ponerle de nuevo las cadenas» (I, 16). Lo mismo le ocurre al pueblo en las monarquías, pues no está acostumbrado a deliberar. Su alma, sin estar moldeada en la vida política, pronto acaba presa de un yugo más pesado del que inicialmente se libró. Como después Montesquieu²⁷, Maquiavelo describe la vinculación de las distintas formas de gobierno con las cualidades o los principios que les otorgan vida. Sin virtudes cívicas, la república carece de vigor, al igual que destacará después Rousseau y Tocqueville.

Sin entrar en cuestiones relativas a la moralidad o inmoralidad de las leyes, Maquiavelo considera corruptas las leyes y las costumbres que no logran hacerse respetar, puesto que se muestra que ya no resultan adecuadas a los nuevos tiempos. Esto explica que las leyes que eran buenas al comienzo de la república no funcionen si los ciudadanos se han corrompido, dado que las buenas costumbres y las buenas leyes «dependen unas de otras» (I, 18). Esto es lo que Maquiavelo llama atender a la «cualidad de los tiempos» (III, 8) y explica los peligros tanto de querer hacer siervo a un pueblo que quiere vivir libre, como de querer que viva libre un pueblo que prefiere vivir siervo, cosa en la que también insistirá Montesquieu. En Roma, la república²⁸ tuvo una vida más larga, porque supo adaptarse mejor a la diversidad de circunstancias y contaba con Instituciones que velaban para que los ciudadanos no pudieran hacer el mal bajo la sombra del bien (I, 46), medio esencial para prevenir la corrupción.

²⁷ En *El espíritu de las Leyes*, Montesquieu asociará la virtud con las repúblicas (democracias y aristocracias), el honor con las monarquías, y el temor con las tiranías.

Sorprende el final del libro primero de los *Discursos*, titulado: «La multitud es más sabia y constante que un príncipe», pues ahí al comparar la conducta del pueblo y del príncipe cuando no están sujetos a freno alguno, Maquiavelo se inclina por el pueblo²⁹. La razón es que a un pueblo licencioso le puede hablar un hombre bueno y llevarle por el buen camino; en cambio, nadie puede hablar a un mal príncipe y ante él no hay más remedio eficaz que la espada. Así, precisa la diferencia entre la crueldad de la multitud, que ejerce contra los que se teme que se apoderen del bien común, y la crueldad del príncipe cuando se dirige contra el que puede arrebatarse su propio bien. En este sentido, afirma que el pueblo es más prudente, estable y con mejor juicio que el príncipe y da razón a los clásicos que comparan la voz del pueblo con la voz de Dios, afirmación textualmente recogida por Rousseau³⁰. Por tanto, en los *Discursos*, a diferencia de *El Príncipe*³¹ aparece claramente destacada la virtud del pueblo, como el instrumento de apoyo y reconocimiento de la virtud de los hombres excepcionales, cuya ambición en situaciones extraordinarias es realizar las reformas necesarias para restaurar el orden, la igualdad y la libertad cívica; en definitiva el bien común de la comunidad de la que se forma parte.

HOMBRES SOBRESALIENTES, VIRTUDES CÍVICAS Y AMOR A LA PATRIA

En los *Discursos*, Maquiavelo centra también su atención en los hombres extraordinarios. En ellos, la *virtú* adquiere una dimensión heroica casi sobrehumana, en el sentido de Nietzsche. Exige fuerza, habilidad, inteligencia, astucia³². Es una suerte de heroísmo político, pues los grandes hombres que actúan por «amor a la Patria», se inspiran por una ética del honor y, aspirando a las cotas más altas de autorrealización, son capaces de grandes sacrificios³³, luchando generosamente en pro del bien común, de la Patria.

²⁸ El Estado debe depender de sí mismo, esto es lo que le hace libre y éste es el ideal de la república de Maquiavelo, que piensa siempre en el hombre en relación con la ciudad.

²⁹ En *El Príncipe*, Maquiavelo parece contemplar sólo la virtud efectiva del jefe de Estado que en circunstancias graves, como en la reforma del Estado corrompido, es capaz de echar de nuevo los cimientos de la vida civil.

³⁰ ROUSSEAU, JEAN-JACQUES, *Del Contrato Social o principios de Derecho Político*, libro III, cap. IV.

³¹ Para Maquiavelo la República es el gobierno que representa la normalidad, la vida cotidiana de un Estado bajo el imperio de la ley; en cambio, en el Principado, por lo general, la ley no basta y hay que recurrir a la fuerza. Estas circunstancias extraordinarias exigen medios extraordinarios.

³² Si es preciso, recurrir al engaño y ocultar las verdaderas intenciones con el fin de lograr los objetivos propuestos o alcanzar y mantener el poder.

³³ Maquiavelo cita a Escipión y Bruto. Lucio Junio Bruto que fue uno de los primeros cónsules de la república romana y tuvo un papel decisivo en la expulsión de la realeza de Roma. Sus hijos, Tito y Tiberio, participaron en la conspiración de los hermanos Vitelios para restaurar la monarquía, a la vista de la pérdida de sus antiguos privilegios. Descubierta la conjura, Bruto presidió la ejecución de sus hijos.

Junto a los hombres excepcionales, Maquiavelo se interesa por los elementos que determinan en una ciudad la virtud y fortaleza de sus miembros. En la *Historia de Florencia*, Maquiavelo repite la expresión *amore della patria* y añora a «los ciudadanos de otros tiempos que preferían su patria a su vida» (III, 7). En el libro tercero de los Discursos, precisa que el amor a la república es la regla para actuar de la mejor manera posible (33). Vincula la patria con las instituciones justas y el humanitarismo, el amor a la libertad y a las buenas costumbres. Por esto mismo se explica³⁴ que afirme que la Patria deba defenderse de cualquier forma, tanto gloriosa como ignominiosamente, pues salvar a la Patria es salvar la libertad (*Discursos*, III, 41; II,2). Así, Maquiavelo convierte a la Patria en el fundamento de todos los valores ético políticos, y por ello, a su juicio, aquellos que la ponen en peligro, merecen la muerte (I).

Cuando todo parece perdido, la Patria representa un valor mínimo, sin el cual no habría ninguna referencia común para superar los males que afligen a la ciudad³⁵. En suma, su ideal político del florentino implica que el egoísmo y la ambición innegable del individuo, el amor a sí mismo, se subordinen al amor al todo del que cada miembro forma parte, una suerte de egoísmo colectivo como indica Leo Strauss. Y es que incluso el amor y la amistad sólo pueden ser mantenidos «por un vínculo de utilidad propia, que, dada la malicia humana, se rompe por cualquier motivo».

Se comprueba que, para Maquiavelo, la condición humana es constitutivamente ambigua. Los hombres son maleables: insaciables, ambiciosos y envidiosos y, como insiste en los *Discursos*, es preciso que se examinen a sí mismos a menudo (III, 33); pero dado que las pasiones sólo pueden ser combatidas con otras pasiones, es posible orientarlas, por medio de la educación y las costumbres. Para la realización de los intereses comunes es preciso contar con la *virtú* de hombres extraordinarios que sepan regular y organizar eficazmente el Estado, y con ciudadanos patriotas, educados y adiestrados en las virtudes cívicas y en la libertad. Maquiavelo exigía las virtudes políticas de los gobernados y de los gobernantes. En las repúblicas bien ordenadas, como Roma en su época de esplendor, las virtudes cívicas fortalecían al Estado y, a su vez, el Estado promovía y acrecentaba las virtudes cívicas. Sólo así se llegaba a la conciencia de ser alguien.

La virtud, entendida como capacidad de actuar, es tanto mayor cuanto más se confronta con la necesidad y las dificultades, de ahí que sea también concebida como fortaleza. Como en Cicerón, es una disposición constante del ánimo de la que proceden las acciones honestas. Frente a la humildad, Maquiavelo exalta la generosidad o humanidad (I, 2; I, 5) que, junto con la prudencia³⁶, ilu-

³⁴ «Cuando lo que se decide es la salvación de la patria, no se debe tener ninguna consideración sobre la justicia o la injusticia, sobre la piedad o sobre la crueldad sobre la gloria o la ignominia. Más aún, ignorando cualquier otra consideración, hay que seguir en todo al partido que la salva y preserva su libertad» (*Discursos*, II, 41).

³⁵ Cf. el interesante análisis al respecto de ZARKA, YVES CH., *Figuras de poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, pp. 34 y ss.

³⁶ Cf. STRAUSS, LEO, *o.c.*, p. 237.

mina cómo obrar conforme a los tiempos. Aspiraba a una trascendencia situada en el plano humano, «demasiado humano», donde la supremacía es representada por los hombres excepcionales, que viven sin más deseo de redención, que el referido a la patria.

Para terminar, hay que hacer notar junto con el realismo de Maquiavelo y su insistente constatación de la ambición y el egoísmo humano en «el pueblo» y en «los grandes», la presencia de un pensamiento utópico característico del Renacimiento, entendido como una vuelta a los orígenes. En su caso, mira a la Roma republicana como una realización de orden superior a recuperar, frente a la miseria de la política florentina de su momento³⁷. Patriota apasionado, recuperó el pasado y contempló las posibilidades de restaurar una vida libre y civil, frente a las ambiciones egoístas y los enfrentamientos ocasionados por las facciones. Éstas son las «llagas que hacen enfermar e incluso morir».

Maquiavelo anhelaba otra forma de vida, más preocupado por la salvación de su patria o «matria», que por su alma. Expresó el deseo de trascendencia, de aquellos que sólo consideraban posible la salvación en los sentimientos compartidos de libertad civil y orden³⁸. Indiferente a la verdad de las religiones, sólo se preocupó por su uso instrumental, con el fin de fortalecer la Patria terrestre³⁹.

Instituciones y leyes justas, hombres excelentes que sepan dirigir y pueblo virtuoso en sus costumbres, que sabe vivir en libertad y reconocer la *virtú* de sus dirigentes componen la cuadratura del círculo, el ideal republicano⁴⁰ soñado por Maquiavelo en sus *Discursos*. Un sueño que mira sin sospechas al ejemplo de la historia de Roma, una suerte de Biblia. Con ello, aspira a conjurar los peligros de una ambición que corroa los vínculos de pertenencia a la comunidad en la que a uno le ha tocado por suerte vivir, servir e incluso morir.

Universidad Pontificia Comillas. Madrid
avillar@chs.upcomillas.es

ALICIA VILLAR EZCURRA

[Artículo aprobado para publicación en noviembre de 2009]

³⁷ Las vicisitudes de la vida política de Florencia, desde hacía dos siglos, oscilaban entre la tiranía de las clases pudientes que se servían de sus riquezas para oprimir a los más débiles, a la dictadura de las masas, que alteraba el orden establecido y los sustituía por un nuevo gobierno (Cf. BRION, MARCEL, *Maquiavelo*, Vergara, Barcelona, 2003, p. 9).

³⁸ VILLACAÑAS, J.-L., «Excepcionalidad y Modernidad. Principe nuovo y vivere politico», en *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, p. 35.

³⁹ Sin poder aquí desarrollar este tema, hay que recordar que Maquiavelo, al igual que Nietzsche, pensó que el cristianismo consagró la humildad y la debilidad, rebajando el interés por la gloria mundana y subordinando la patria terrestre a la celeste. Con ello, parece enjuiciar al cristianismo desde el punto de vista de la felicidad política, pues no se declara expresamente sobre sus principios.

⁴⁰ Si en su tiempo pudo encontrar un ejemplo concreto de príncipes gobernantes en los casos de César Borgia o Fernando de Aragón, el modelo republicano y las virtudes cívicas le fue proporcionado por la antigua Roma.

